

1 - LA ECONOMIA Y EL GUARDIAN DEL UMBRAL

por Joan Melé

Sub-Director General de Triodos Bank España

No es difícil comprobar cómo la economía ha adquirido un papel predominante en nuestra época. ¿O deberíamos decir, un papel dominante? Basta acudir a un quiosco de cualquier ciudad para ver que existe una gran cantidad de periódicos, semanarios y revistas mensuales dedicados exclusivamente a economía, a la vez que se ha incrementado considerablemente el espacio dedicado a información económica en todos los medios de comunicación. Incluso existen diversos canales de TV que emiten exclusivamente información económica las 24 h del día.

Alguien podría pensar que tanta información económica y tanto interés por la economía, podría ser una evidencia de que la sociedad ha evolucionado en este ámbito de la vida social, y que caminamos hacia un mundo mejor y más equilibrado. Pero nada más lejos de la realidad.

Precisamente el exceso de información económica, y toda la "jerga" pseudo-científica y matemática con la que se pretende explicar la vida económica, ha provocado dos situaciones preocupantes, completamente diferentes en su apariencia, pero con las mismas consecuencias funestas para la vida social.

Por una parte, todo ese caudal de información económica diaria no conduce a un mayor conocimiento de la realidad económica y social, sino a una pérdida de conciencia y en un vagar a la deriva de las oleadas de las circunstancias. Se habla de las noticias de economía de la misma forma en que se habla de las noticias del tiempo, como fenómenos de la naturaleza sometidos a leyes inexorables ajenas a la voluntad humana. "Las intensas lluvias han provocado graves inundaciones que han arrasado...". "Hoy los mercados han experimentado fuertes sacudidas, arrastrando en sus caídas a los principales valores...". En ambos casos se utiliza el mismo tono, y se inculca al oyente esa vivencia de resignación frente a lo inexorable: "es la ley de la oferta y la demanda".

Recuerdo una historia que contaba Eduardo Gaicano, y que, como él mismo decía, casi parece un cuento. Estando sentado a la mesa de un gran restaurante, escuchó cómo el chef de cocina, un cocinero de gran renombre, convocaba a una reunión a todos los animales presentes en la cocina: gallinas, patos, cerdos, conejos, faisanes... Cuando los tuvo a todos reunidos les dirigió las siguientes palabras: "les he reunido aquí para hacerles una única pregunta: ¿con qué salsa quieren ser cocinados?" Todos quedaron aterrorizados, y el propio miedo no les dejaba moverse ni articular palabra. De pronto, desde el fondo, se oyó la voz de la gallina que protestaba: "¡yo no quiero ser cocinada!" El cocinero indignado le respondió de inmediato: "¡eso está fuera de toda discusión, ustedes lo único que pueden decidir es la salsa con que quieren ser cocinados!".

Casi parece un cuento, pero no lo es. Hoy en día se ha estructurado la vida económica de tal manera, que parece que no deja lugar a la toma de decisiones libres y conscientes por parte de los seres humanos. La economía actual está fundamentada en el mercado y en la competencia, y el ser humano libre no sólo no tiene lugar en él, sino que supone un estorbo a su desarrollo. Es un modelo basado en una concepción materialista del ser humano, análogo al que encontramos en las Ciencias Naturales al intentar explicar la evolución en la naturaleza a partir de las teorías de Darwin y Haeckel: los animales evolucionan a causa de mutaciones genéticas debidas al azar, y sólo sobreviven aquellas especies más fuertes o que mejor se adaptan al medio. Si a esto le añadimos la concepción de que el hombre sólo es un animal con algunas capacidades superiores, entonces no debería sorprendernos la situación económica mundial: seres humanos luchando como animales -es decir, sin un espíritu capaz de decidir con conciencia y libertad- tratando de sobrevivir siendo más fuertes que sus congéneres, o adaptándose mejor a las circunstancias del lugar.

La otra reacción, por parte de muchas personas, ante la complejidad de la vida económica, ha sido el total desinterés por la misma. Es una reacción habitual en personas que tienen, o suponen que tienen, un interés por lo espiritual. Se considera a la economía y al dinero como algo mundano, materialista.

El propio Rudolf Steiner, cuando a finales de 1905 y principios de 1906 empezó a hablar de la cuestión social y de economía, no sólo no fue comprendido sino que experimentó un fuerte rechazo. Los miembros de la Sociedad, en aquella época Teosófica, querían oír hablar de cosas espirituales y no de cosas vulgares y mundanas como la economía, y Steiner tuvo que dejar esa cuestión para el futuro. Después de la Primera Guerra Mundial, ante un mundo devastado por la destrucción y el sufrimiento, parecía que se daban las circunstancias adecuadas para establecer los cimientos de un nuevo orden

social fundamentado en el conocimiento espiritual del ser humano y del mundo. En el año 1919 R. Steiner descubre de forma clara y nítida la triformación del organismo humano como sede de las tres funciones anímicas del pensar, del sentir y de la voluntad. La meditación de esa realidad le lleva a encontrar la tri-formación del organismo social y las leyes por las que debería regularse: el ámbito cultural, en el que debe reinar la libertad, el ámbito jurídico-político, en el que debe imperar la igualdad, y el ámbito económico, que debe desarrollarse a partir de la fraternidad. Era un momento idóneo para presentar estas ideas al mundo, pero tampoco en esta ocasión los miembros de la Sociedad Antroposófica comprendieron la situación, y la desidia de unos y el miedo de otros hicieron caer en saco roto la propuesta de la tri-formación social al mundo.

Yo creo que la economía nos atañe a todos, ¡y mucho!

La economía, más allá de definiciones teóricas más o menos académicas, es sencillamente la relación entre los seres humanos, nuestro trabajo, y la Tierra. Por tanto, la economía es un encuentro de voluntades que puede convertirse en confrontación o en crecimiento personal, en función de la conciencia que pongamos en ello. La economía es una oportunidad de encuentro y de conocimiento, tanto personal como de los otros. Es el escenario por excelencia de las manifestaciones del Karma del pasado, y la gran oportunidad para establecer libremente las condiciones del futuro. Y a un antropósofo, más que a nadie, le debería interesar la economía como uno de los pilares del Nuevo Templo de la Humanidad que queremos edificar entre todos: la vida social y económica como imagen de los seres y las leyes del mundo espiritual. Sólo un concepto erróneo de lo que es la economía nos puede llevar a afirmar que la economía no nos interesa, y todos los pasos que demos para corregir ese error serán una gran aportación al proceso de sanación que hoy el mundo necesita de forma urgente.

Uno de los aspectos más importantes de la economía es el dinero, porque como medio de cambio que es (aunque últimamente se ha convertido en mercancía), constituye el medio adecuado para observar nuestra relación con los otros seres humanos y también con la Tierra. El dinero, en su aspecto contable y financiero, constituye un espejo en el que podemos observar nuestras imperfecciones, nuestras contradicciones, todo aquello que aún no hemos transformado y que arrastramos como lastre del pasado que nos dificulta el avance hacia el futuro, es decir, hacia nosotros mismos. Por eso la economía, y más concretamente la contabilidad y las finanzas, constituyen un aspecto del Guardián del Umbral que nos muestra, si somos capaces de mirarle a la cara, todo aquello que nos queda por hacer para alcanzar el objetivo. Es una oportunidad para descubrir qué fuerzas actúan en nosotros subconscientemente y contemplar cómo determinan nuestro comportamiento cotidiano. Aunque a veces puedan quedar camuflados de las más variadas maneras, en nuestra relación con el dinero aparecen las fuerzas (o contrafuerzas) del miedo, de la codicia y del ansia de poder sobre los demás. La mayoría de antropósofos ya sabe que el dinero se puede usar básicamente para tres fines distintos: comprar, ahorrar y donar. Y puede resultar muy esclarecedor comprobar cómo nuestro comportamiento en cada una de esas posibilidades dista mucho de ser un comportamiento consciente.

En principio, el dinero de compra sirve para satisfacer necesidades del ser humano. Como poseedor de una corporalidad, el ser humano está sometido a necesidades, y podríamos afirmar que en ese ámbito no es un ser libre. Necesitamos comida, ropa, vivienda, transporte... La pregunta que nos surge es: ¿somos conscientes cuando compramos? También se puede formular de otra forma: ¿somos libres en nuestras decisiones de compra, o actúan en ellas fuerzas inconscientes?

Para contestar a esa pregunta debemos contestar previamente a otras tres: ¿qué compramos? ¿Por qué lo compramos? ¿Dónde lo compramos? El análisis profundo de estas tres preguntas excede el ámbito de este artículo, pero es interesante comentarlo un poco, porque estas preguntas nos llevan a los conceptos de "consumo responsable" y de "comercio justo".

La pregunta ¿qué compramos?, hace referencia a qué tipo de producto compramos; en el caso de un alimento, ¿nos hemos planteado si es ecológico?, en el caso de cualquier otro producto, ¿sabemos si ha sido elaborado de forma responsable con el medio ambiente?

La pregunta ¿por qué lo compramos? es más difícil de confrontar. Sería interesante que cada vez que vamos a comprar algo nos planteáramos si realmente lo necesitamos, o bien nos sentimos impelidos a una compra compulsiva de la que desconocemos las causas, pero que observamos cómo es avivada día a día por una publicidad cada vez más sofisticada. La publicidad tiene su misión como información de un producto o de un servicio, pero gran parte de la publicidad actual se basa en la manipulación de la voluntad. Ello es posible desplazando al Yo del ámbito de las decisiones, cosa que se consigue fácilmente apelando con insistencia a los instintos más básicos y primarios del ser humano.

Y en tercer lugar, ¿dónde lo compramos?, o lo que es lo mismo, ¿a quién se lo compramos? En general, salvo problemas de proximidad, compramos en función del precio. A semejanza de calidades, compramos la comida en los supermercados que ofrecen mejor precio. Es cierto que este criterio

desaparece ante productos de moda como vestidos, perfumes, joyas, coches..., porque en esos casos precisamente lo que se busca es una exhibición de poder. Volvamos a la comida, ¿nos hemos planteado alguna vez cómo repercute nuestro criterio de comprar lo más barato posible, sobre las demás personas? Pongamos un ejercicio sencillo, para simplificar. Si el supermercado A ofrece el paquete de café a 1,80 €, y el B lo ofrece a 2 €, tarde o temprano el B se verá obligado a bajar el precio hasta 1,80 € o incluso menos, porque en caso contrario acabará cerrando el negocio. Es poco probable que los propietarios del supermercado B se resignen fácilmente a tener menos beneficio que antes, por lo que intentarán repercutir a otros los efectos de la bajada de precio. Habitualmente quien acabará pagando la bajada de precios serán los campesinos que cultivan el café en algún país de Sudamérica o de África, a los que se les argumentará que se les paga menos porque es el precio que se ha fijado en el mercado de Róterdam o de Londres, por poner un ejemplo. También es posible que el salario de un empleado de caja de ese supermercado baje de 850 € a 700 €, porque alguien más desesperado en busca de trabajo esté dispuesto a hacerlo por ese salario. Estos, y otros más complicados, son los procesos que se desencadenan cuando sólo tomamos nuestras decisiones de compra en función del precio más bajo. De ahí nació la idea de un "comercio justo", aún muy incipiente, que tiene como objetivo el que se pague por los productos el precio que permita una vida digna. Rudolf Steiner describía el precio justo o "precio verdadero" de un producto, el que permite vivir dignamente al productor y su familia hasta que tenga otro para vender. Y para llegar a eso hace falta una nueva economía que sustituya los conceptos de competencia y mercado por los de asociación y responsabilidad.

Pasemos ahora al dinero de ahorro. Es fácil comprobar como un gran número de personas tiene una idea estática de lo que es el ahorro, es decir, están convencidos de que los bancos \ las cajas de ahorros son entidades que les guardan sus ahorros. Esto es así sólo en parte, porque la realidad es que el dinero que entra en esas entidades fluye inmediatamente de nuevo al exterior para financiar algún proyecto de inversión; y, de acuerdo con normativas ya establecidas, esas entidades deben conservar sólo unos remanentes para atender las necesidades de liquidez de sus clientes. Es decir, nuestros ahorros no están en las entidades bancarias, sino que nuestros ahorros circulan por el mundo. En más de treinta años de profesión bancaria, no conozco a nadie de la profesión al que algún cliente le haya preguntado alguna vez: ¿qué harán ustedes con mis ahorros? Es decir, jamás me he encontrado con un cliente al que le interesara a qué empresa o empresas estaría dando vida su dinero, el único criterio que interesa es la rentabilidad. Bueno, en realidad también interesa la seguridad y la liquidez, pero estos, en general, ya se dan por supuestos. ¿Y si mi dinero está financiando empresas cuyas actividades yo jamás aprobaría, porque se confrontan con mis valores o con mis ideales? -Y si la entidad bancaria en la que he depositado mis ahorros invierte en empresas que no respetan los derechos humanos ni respetan el medio ambiente? Vivimos en una época en la que cada vez es más habitual intentar eludir la responsabilidad de los propios actos, e intentar cargársela a otros; pero lo cierto es que yo soy responsable de todos mis actos, y por tanto, yo soy el verdadero responsable de lo que se hace en el mundo con mi dinero. Por eso nació el concepto de banca ética, para canalizar el ahorro de aquellas personas para las que cuenta algo más que los beneficios económicos. El ahorro responsable es una oportunidad para que cualquier persona, sin grandes esfuerzos personales, pueda contribuir a un cambio del mundo, a que se hagan inversiones que mejoren la calidad de vida de las personas y del medio ambiente. Muchas personas, cuando ya han decidido tomar una decisión en este sentido, se encuentran con la aparición de los fantasmas del miedo, la codicia y de la pereza, que les intentan convencer de que no lo hagan. De nuevo, esta es una oportunidad de encuentro con el Guardián, ya que todas nuestras debilidades salen a flote y es un buen momento para afrontarlas.

Por último, nos queda el dinero de donación, con el que habitualmente tampoco somos conscientes. Si en los primeros casos es más evidente la presencia de las fuerzas ahrimánicas del miedo y el poder, en el caso de la donación es más habitual el influjo de las fuerzas luciféricas. Más del 90% de las donaciones a ONG's se hace en la época de Navidades, y es por eso que las campañas publicitarias se hacen por esas fechas. La familia reunida para comer, los recuerdos sentimentales, los villancicos..., sólo falta alguna imagen de un niño muriendo en algún lugar del mundo y la frase "tú puedes evitarlo", para que el espectador llame al teléfono superpuesto en la imagen y se comprometa a una aportación mensual a esa ONG. ¿Es ésa una decisión libre? ¿Sabe quiénes son, a qué se dedican, quién les controla...? No, es simplemente una decisión surgida de un sentimiento espontáneo, y por tanto, no es una decisión consciente y libre.

Podríamos ampliar el análisis a otro tipo de donaciones, por ejemplo los impuestos y el testamento. Los impuestos son donaciones que hacemos a través del gobierno de la nación, para que otros puedan beneficiarse de ellos. ¿Pedimos explicaciones al gobierno de cómo administra nuestros impuestos, por ejemplo en los presupuestos del Estado? Acabamos de pasar unas elecciones, y no he visto ningún debate entre los partidos que entrara en este tema; ¿cómo es posible que con algo tan importante no tengamos un mínimo de exigencia?. Y qué decir del testamento, nuestra última gran donación. Al

morir donamos, inevitablemente, todo lo que tenemos, generalmente a nuestra pareja y a nuestros hijos. Y aquí también surge la pregunta: ¿es ésa una donación consciente y libre? ¿O quizás se trata de una decisión basada en los sentimientos? ¿Sabemos qué harán nuestros herederos con nuestra herencia? ¿Sabemos si su uso del dinero estará de acuerdo con nuestros principios? Aquí también se abre una posibilidad de auto-conocimiento, y de la elección de un acto libre: donar una parte de lo que se tiene para apoyar el desarrollo de alguna iniciativa en el mundo.

Vemos pues que la observación y el análisis de nuestras decisiones económicas nos abren un camino al auto-conocimiento, y al reconocimiento de los otros seres humanos y de la Tierra.